

quien hemos dado este testimonio? ¿Es acaso delante de los hijos y de los domésticos, á quienes tan poco se les edifica, y tanto se les escandaliza? ¿Es por ventura en esas concurrencias del mundo, donde se tiene vergüenza de parecer cristianos? ¿Es quizá en el comercio civil, donde reina tan poca rectitud, y de donde está desterrada la buena fe? ¿Es en el templo santo de Dios, donde se está con tan poco respeto, y con tan ninguna devoción? ¿Pues dónde, en qué parte damos este público testimonio de nuestra fe, y de nuestra piedad?

Exhorta el Apóstol á su discípulo que trabaje sin cesar en el negocio grande de su salvacion, y que trabaje hasta la muerte, sin lo cual no se hace este grande, este importante negocio. ¿Cuántas reflexiones pueden hacer aquellas personas que comienzan tan tarde á trabajar en él, y se cansan tan presto, faltando á la perseverancia?

*El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.*

Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, madre, mujer, hijos, hermanos y hermanas, y aun su propia vida, (esto es, segun los afectos carnales) no puede ser mi discípulo, ni tampoco el que no toma su cruz, y me sigue. ¿Quien, pues, de vosotros, queriendo edificar una torre, no piensa primero con sosiego los gastos que son necesarios, para ver si tiene con que acabarla? no sea que despues de haber puesto los cimientos, no pudiendo concluir la, todos los que vieren el edificio imperfecto, principien á

burlarse de él, diciendo: ¿Este hombre comenzó á construir, y no ha podido acabar? ¿O qué Rey habiendo de hacer guerra á otro Rey, no consulta antes de espacio si podrá oponerse con diez mil hombres al enemigo, que viene con veinte mil? Porque en otros términos, se verá en la precision, aun estando distante aquel, de enviarle embajadores pidiéndole paz. A este modo, pues, cualesquiera de vosotros, que no renuncia cuanto posee, no puede ser mi discípulo.

#### MEDITACION.

*De la renuncia de todo lo que se ama por amor de Jesucristo.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que el Evangelio no anuncia otra cosa sino humildad, mortificacion, penitencia; nada predica sino abnegacion, renuncia de todo cuanto mas se ama en el mundo,

hasta decirnos que si no nos aborrecemos aun á nosotros mismos, no podemos ser discípulos de Cristo. ¿Qué nos parece de esto? ¿Segun esta idea tendrá Cristo el dia de hoy muchos discípulos en el mundo?

¿Qué cosa mas loable ni mas justa que amar al prójimo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y espreso. Con todo eso cuando se atraviesan los intereses de Dios, es menester renunciar la carne, la sangre, y aun á sí mismo, so pena de renunciar á Dios. El que viniere á mí (esta espresion comprende todos los estados, todas las condiciones de las personas cristianas) el que viniere á mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre, y hasta á su misma persona, no puede ser mi discípulo. No puede ser cosa mas positiva, ni mas clara. No necesita de esplicacion el oráculo. ¿Pero este moral es muy de nuestro gusto? ¿Se practica mucho el dia de hoy esta cristiana filosofia?

¿Ceden siempre á las obligaciones de la religion los intereses de la familia? ¿No se nos da oídos jamás á los clamores de la carne y de la sangre en perjuicio de la conciencia? ¿En los negocios, en las diversiones, en los proyectos para adelantarse, para hacer fortuna, se consulta siempre á solo Dios, y á solo Dios se le oye, sin que concurren otros respetos? Ciertamente nos merece Dios bien poco, si no nos merece todo nuestro corazón. ¡Qué impiedad! colocar al ídolo de Dragon en el mismo templo. ¡O mi Dios! ¡y qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos! Creemos vuestras palabras; pero nada hacemos menos que lo que ellas nos intiman. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fe.

No permitais, Señor, que esta confesion sirva solo para hacerme mas delincuente. Vos me asegurais que debo aborrecerme á mí mismo si quiero ser vuestro discípulo. Sí, Señor, yo quiero serlo; y desde hoy en adelante será mi vida la prueba mas concluyente de mi sincera voluntad.

PUNTO SEGUNDO. — Considera en que grosero, en que pernicioso error incurriria una persona, que oyendo estas palabras del Salvador: *El que viniere á mí, y no aborreciere al padre, á la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo;* se persuadiese que podia ser verdadero discípulo de Cristo, sin tener este odio santo, este odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, no dando lugar en su corazón á otro objeto que á su ambicion, á sus gustos, á sus propios intereses. Ea, y pues, suspendamos por un momento nuestras antiguas precauciones.



Vaya á un lado por un instante la autoridad de nuestro amor propio. ¿No somos nosotros los que incurrimos en este error? ¿Hacemos por ventura otra cosa? ¿Queremos acaso mas que aquello mismo que estamos condenando?

¡Ah! que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, llenos de nosotros mismos, esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, ídolos de nosotros mismos, quemándonos incienso, ofreciéndonos votos, sacrificándonos víctimas; siendo la primera que se sacrifica nuestra propia salvacion, y los intereses de Dios.

Si se coteja nuestra conducta con la de los santos mártires; ¿quién no dirá que tuvieron otro Evangelio? Digámoslo mejor: el Evangelio es el mismo; y por lo mismo que lo es, no puede haber mayor estravagancia que lisonjearnos de ser discípulos de un mismo Maestro, y de seguir la misma doctrina, cuando las costumbres son tan diferentes. Si paso los dias en las diversiones, y en los entretenimientos; si solo ando tras lo que lisonjea los sentidos, y halaga la concupiscencia; si fomento las pasiones, y me dejo arrastrar de ellas; si toda mi ocupacion es satisfacer al amor propio; ¿podré decir que sirvo á un mismo Señor, y que obedezco á una misma ley que los santos mártires? ¿Y qué razon tendré para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive entre la delicadeza y entre el regalo, ¿logrará la misma bienaventuranza que Sta. Inés? Un hombre que solo ama sus gustos y sus placeres, ¿podrá racionalmente esperar la misma gloria que S. Timoteo?

Vos, Señor, me mandais que me aborrezca. Y con efecto ¿tengo yo mayor enemigo de mi verdadero bien que á mí mismo? ¿Pues qué odio mas justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo odio de la carne y sangre, este odio saludable de mí mismo. No permitais olvidé jamás, que no es digno de vos aquel que ama á otra cosa que á vos.

JACULATORIAS. — Señor, no podré amaros, ni servirlos; si no me abrazo, si no me desposo con vuestra cruz, si no me aborrezco, por amaros á vos solo. (*Exod. 4.*)

Ni en el cielo, ni en la tierra ame yo otra cosa que á vos, Dios de mi alma. (*Psalm. 72.*)

#### PROPOSITOS.

1 Comienza desde este dia á amar á Dios con un amor de

preferencia, en fuerza de la cual le asegures el primer lugar en tu corazon, de manera que para mantenerle en él, estés dispuesto á sacrificar bienes, gustos, amigos, parientes, y hasta tu misma vida. Para esto toma una firme resolucion de no querer, de no emprender cosa alguna, sin consultar primero á Dios, y sin arreglarte en todo á lo que conocieres ser conforme á su voluntad. No te fies de tu sola razon, porque el amor propio ciega. Jamás te resuelvas á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y celoso director.

2 Examina si te dejas llevar con exceso del amor de tu familia, y de tus intereses temporales. Suele haber ciertas predilecciones, ciertas preferencias de amor entre los mismos hijos, queriendo á unos mas que á otros; las cuales llenan las casas de celos y de inquietudes. No son menos odiosas, ni menos perniciosas en las comunidades las amistades particulares. Todas esas distinciones, todas esas preferencias son efectos del amor propio. Tengamos sí amor á nuestros parientes, y á nosotros mismos; pero sea un amor bien ordenado. No seamos esclavos de la passion, y entonces no cometeremos injusticias. Dios debe estar á la frente de todo, que ese es el lugar que le corresponde. Ahoga tambien al mismo tiempo cierta sensibilidad excesiva; corrige cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que muestra bien el demasiado amor que te tienes á tí mismo. Es el amor propio un enemigo sagaz y doméstico, tanto mas digno de temerse, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende: camina siempre de acuerdo con las pasiones, y sin cesar arma lazos á nuestra salvacion. Toma desde hoy la generosa resolucion de no contemplarle, de combatirle, y de vencerle. En todo se introduce, en todo se insinua: no hay que perdonarle en cualquiera parte en que se hallare. Foméntase con nuestras conveniencielas, con nuestras comodidades; y así corta con resolucion lo que no fuere absolutamente necesario para vivir. La mortificacion le debilita; pues determina desde luego las que has de practicar. Es el suplicio del amor propio la mortificacion de los sentidos. Private de todos esos gustos que solo sirven de hacerle mas orgulloso. No hay cosa mas contraria á la verdadera devocion, que el amor propio; y con todo eso no suele estar muy reñido con muchos que hacen profesion de ella. Declárale desde luego una perpetua guerra.